

Serge LAMOTHE

## Oshima



# Oshima

de Serge Lamothe

Traducción de  
Evelio Miñano

**Finalist** - Prix des Horizons imaginaires

### PRESENTACIÓN

Akamaru, un joven eurasiático asentado en París, parece haber elegido un mal momento para lanzarse a un periplo de diez mil kilómetros con el fin de alcanzar Oshima, su isla natal.

En 2043, la caída de la civilización termo-industrial ya acarrea graves penurias y la crisis social se agudiza. Pero lo peor aún está por venir: la Caída global de las redes paraliza Internet y todos los sistemas eléctricos y electrónicos. La tierra entera se encuentra de pronto sumida en la oscuridad y el silencio.

Si Akamaru decide dejar a sus seres queridos, es porque la llamada de los orígenes y su búsqueda de identidad tienen ese precio. Siguiendo un camino lleno de obstáculos, evitará las trampas de un mundo sometido al caos.

Con esta novela de carretera, futurista e íntima, Serge Lamothe nos invita al encuentro de una humanidad resiliente, heredera de una cultura milenaria, y recuerda que es la experiencia de nuestros límites lo que nos revela nuestra verdadera identidad.

### SERGE LAMOTHE

Nacido en Quebec, Serge Lamothe es novelista, poeta y dramaturgo de teatro, ópera y circo. Desde hace más de veinte años, elabora una obra en expansión que indaga sobre la condición humana y explora las perspectivas de futuro de nuestra civilización.

Ha firmado la dramaturgia de numerosas óperas puestas en escena por el cineasta François Girard (*El violín rojo*), entre las que se encuentran *Parsifal* y *El barco fantasma* de Richard Wagner para el Metropolitan Opera (Nueva York).

En Japón, sus adaptaciones teatrales de las novelas de Yashushi Inoué (*El fusil de caza*) y Yukio Mishima (*El templo del pabellón dorado*) obtienen gran éxito.

Contact: Tania Massault  
tmassault@editionsalto.com

Rights held: World

### FRAGMENTO

La noche anterior a la Caída global de las redes<sup>1</sup>, poco antes del alba, todas las aves callaron a un tiempo, como si una voz interior las avisara de algún peligro. El silencio fue de pronto tan profundo, tan pesado que su intensidad me despertó. Fui hasta a la ventana y vi

nubes de pájaros que oscurecían el cielo, huyendo en silencio de la ciudad. Nunca supe adónde iban, ni por qué, pero a menudo pienso de nuevo en esa visión como la premonición de la amenaza que acechaba nuestro mundo. Nadie sospechada nada aún, quizás, pero una

1. En adelante, esta expresión será sustituida frecuentemente por CGR (N. del A.).

sombra planeaba y, durante unos largos minutos, un concierto de bocinas estalló a través de todo París.

Solo unas horas después, a las ocho y treinta y seis exactamente, todas las redes cayeron a la vez. En menos de un minuto, la tierra entera fue privada de electricidad y de Internet, todos los aparatos quedaron fuera de uso, todos los vehículos inmóviles, con todos sus componentes electrónicos abrasados. La mitad del globo se sumió en la oscuridad. Todos los nanoimplantes dejaron de funcionar, al mismo tiempo que los superordenadores cuánticos y los IA. En el espacio de un segundo, dejó de haber comunicación virtual, geolocalización y realidad aumentada. *Nada*<sup>2</sup>.

Nunca olvidaré dónde me encontraba cuando ocurrió: caminaba por la calle Charenton. Los semáforos se apagaron y todos los coches se detuvieron al mismo momento.

La gente salía de los vehículos atónita e incrédula. Algunos ya se echaban las manos a la cabeza y deambulaban sin objetivo, como autómatas averiados. Un chisporroteo molesto seguido de pronto por un dolor fulgurante irradió de mi sien izquierda hasta mi frente.

Comprendí que todos los nanoimplantes acababan de quemarse.

Necesité tiempo para adaptarme. Mi pantalla retiniana ya no funcionaba, todo cambió de aspecto en una fracción de segundo: un cielo plomizo sustituyó al azul cristalino con que hasta entonces me había gratificado el *paquete todo incluido clima mediterráneo*. Mi ropa me pareció de pronto apagada y desgastada. Las fachadas de los edificios se revelaron ellas mismas con su verdadero aspecto: estaban decrépitas y cubiertas de hollín.

Todo aquello, todavía unos minutos antes, yo me podía permitir el lujo de no verlo, de casi olvidarlo.

Sé que fuimos cientos de millones los que experimentamos ese malestar de un género inédito: ese brusco retorno a la realidad brutal y desprovista de todo artificio. La mayor parte de la gente debió sentir como yo ese extravío, esos vértigos, esa náusea y el profundo asco que, de súbito, inspiraba todo lo que nos rodeaba. Hasta se modificó la percepción que tenía de mí mismo. Ya no soñaba, y la realidad se revelaba de pronto tan implacable que no podía mirarla de frente.

El sentido de aquellos acontecimientos se disimulaba con tanta aspereza que se podía sospechar que no tenían ninguno.

Estaba desorientado, se me saltaban las lágrimas. La articulación de mis pensamientos se enredaba. Yo no había sucumbido, como tantos otros, a los encantos de la dócil servidumbre que se nos proponía, y tardaría aún mucho en darme cuenta de que mi nanoimplante no había en verdad modificado mi personalidad, que solo había obstaculizado mi desarrollo. Había crecido en aquel mundo sin saber quién era, sin sospechar ni siquiera los esfuerzos que tendría que hacer si quisiera descubrirlo.

Caminé con paso inseguro hacia nuestro sauce. Leila no estaba allí. Eso me inquietaba. De hecho, tenía un susto de muerte. El miedo me paralizaba de pies a cabeza. Temblaba como una hoja sin poder controlarme. Por primera vez desde que salíamos, me daba cuenta de que ella había ocupado un lugar preponderante en mi vida, en mis pensamientos. Sí, en mi corazón también. Sin ella, en aquel instante, me sentía como en cueros. Solo por completo y vulnerable como un niño pequeño. Nunca en toda mi vida había experimentado un desamparo tan radical. Habría querido poder gritar, llamarla, pero mi garganta estaba agarrotada. Ni un sollozo, ni siquiera un gemido habría podido salir de mí.

Ignoro cuánto tiempo me quedé allí esperándola, postrado bajo nuestro emblemático sauce; pero al final, recobrando poco a poco el control de mis nervios, me decidí a levantarme y volver a casa con la esperanza de que Amandina estuviera allí.

Pasé por delante del apartamento de los Chomsky, nuestros vecinos de rellano. Como siempre, la puerta estaba abierta de par en par. En el interior, su hijo Antón, diecinueve años, tenía todo un ataque: no conseguía recuperarse de la avería de su nanoimplante. Gritaba como un desaforado golpeando las paredes con el pie y los puños ante sus padres consternados e impotentes.

No me detuve.

Al entrar en nuestra minúscula vivienda de la calle Nicolai, encontré a Amandina sentada junto a la ventana, con la cara lívida, contemplando los tejados de París, presa de una visión que yo no podía ni adivinar ni interpretar.

¿Qué ha ocurrido, Aku? No sé, mamá. Todo ha parado. Sí. ¿Es la guerra? No sé, mamá. Lo han hecho. ¿De qué hablas? Al final, lo han hecho. ¿Han hecho qué, mamá? Lo impensable, Aku. Una cosa impensable.

Nos han borrado.

La tomé en mis brazos por primera vez desde la noche de los tiempos. Estaba tan débil, tenía una delgadez tan preocupante. Me daba la impresión de que sujetaba

---

2. En español en el original (N. del T.).

un espectro. Nunca hasta entonces había captado la amplitud de los sacrificios que había hecho por mí. La tumbé en su cama y le di de beber. Parecía flotar sobre una nube, como sin todo lo que le estaba ocurriendo revisiera para ella el aspecto de un sueño o constituyera el cumplimiento de una antigua profecía.

#### BIO EVELIO Miñano

Evelio Miñano es catedrático de literatura francesa en la *Universitat de València*. Tras doctorarse con una tesis sobre el poeta Yves Bonnefoy, ha dedicado su investigación principalmente a la poesía francesa y francófona, a la literatura medieval francesa y a los estudios literarios comparados hispano-franceses. Es autor de una veintena de traducciones de textos literarios franceses y francófonos de diversos géneros y períodos (Christine de Pisan, Théophile de Viau, Théophile Gautier, Matei Visniec).